

Edurne Portela
Los ojos cerrados



Los ojos cerrados es una novela de un solo lugar, un pueblo que podría tener cualquier nombre y que por eso se llama Pueblo Chico. Pueblo Chico está anclado en una sierra agreste que a veces se cubre de niebla, otras de nieve, una sierra en la que a veces se pierden los animales, desaparecen las personas. En el pueblo vive Pedro, el anciano protagonista de esta novela, depositario de secretos que rodean a la violencia que ha atravesado el lugar durante décadas. Cuando Ariadna llega a Pueblo Chico por motivos al principio poco claros, Pedro la observa y vigila, mientras Ariadna va desvelando su propia vinculación con la historia silenciada del lugar. El encuentro entre pasado y presente, entre Pedro y Ariadna, da pie a una novela en la que Eduarne Portela indaga sobre una violencia que si bien trastoca para siempre la vida de los personajes, genera la posibilidad de crear un espacio de convivencia y solidaridad.

A José Ovejero, la llave de todas mis puertas

1

Me miran y me sonríen. Me hablan a gritos y muy despacio, como si fuera el tonto del pueblo. Me miran y me sonríen, ella me ha saludado con la mano, de lejos, él nunca lo hace. Yo he levantado una de mis muletas como si fuera mi mano y me he acercado, pasito a pasito, hasta ellos. Cuando llegaron al pueblo eran ellos los que se acercaban a mí, pero ahora se han quedado ahí, moviendo los pies impacientes, aunque sonrían. Creo que hace tiempo que no me los encuentro. Pasan los días y a veces no me entero de cuántos han pasado. Vuelvo no sé de dónde, de qué pensamiento o de qué sueño y me da la impresión de que he pasado mucho tiempo con los ojos cerrados, como si hubiera estado muerto un tiempo porque no sé dónde he estado ni con quién, si he pensado o me he movido, si he comido o he cagado. De repente me doy cuenta de que estoy así, con los ojos cerrados, y sólo sé que sigo vivo porque me huelo. Huelo mi cuerpo. Aunque bien pudiera estar muerto y pudriéndome. Bien pudiera estar bajo tierra. Pero respiro, aunque sea un aire sucio, y muevo las manos en el espacio y me doy cuenta de que no estoy en un ataúd. En ese momento abro los ojos y veo cosas, a veces cosas que sé lo que son, como la taza y el libro y la mesa y la puerta y el balde. Eso me gusta mucho, reconocer mi taza, mi libro y la puerta de mi casa y mi balde. Entonces me levanto y toco mis cosas, las acaricio, y cada cosa me habla y me recuerda y yo les contesto contándoles mis cuitas. En días así me siento bien. Como hoy. Hoy tengo uno de esos días. Le

he contado al balde del agua el día que mi madre lo dejó abandonado en medio de la calle y no volvió más y lo recogí yo al día siguiente porque ahí se había quedado, abandonado en el medio de la calle y nadie se había atrevido a llevarlo de vuelta a mi casa porque igual pensaban, como pensaba yo, que ella iba a volver y reclamarlo. Pero lo tuve que recoger yo, un día después de que ella lo dejara abandonado, y meterlo en casa. Y ahí se quedó, en medio de la cocina hasta que se evaporó el agua. Y cuando se evaporó todo el agua, yo te dejé en esa esquina, balde, y nunca te he vuelto a usar. Otros días el libro me cuenta cosas porque, claro, es un libro y está para eso. Un día me dijo que lo he leído más de cien veces pero que no tiene mérito porque sólo lo tengo a él. Eso a mí me molesta un poco porque no tiene en cuenta mi fidelidad y el esfuerzo que siempre he hecho en entender hasta las palabras que no conozco. Podría haberlo dejado abandonado, como mi madre al balde, o haberme aburrido de él y sin embargo, hasta que tuve vista suficiente, leía por lo menos diez páginas todas las noches, a veces más. Y ahora que no puedo leer, lo sigo acariciando siempre que lo reconozco. Y dejo que me cuente sus historias.

Ya no se acercan a mí, me tengo que acercar yo y a veces para cuando llego a su lado de la plaza ellos ya se han ido, dando pasitos pequeños hacia atrás y luego ella, él no, él nunca, luego ella me dice adiós con su manita y se dan la media vuelta y aceleran los pasos y desaparecen por detrás de la casa de socorro.

Como habrá días que no llego a abrir los ojos, a veces pienso que también habrá días que yo hablo con mis cosas pero no me entero y eso me angustia porque no sé qué les puedo contar, qué secretos se me escaparán. O incluso habrá días que salga a la calle y en vez de hablar con mis cosas hable con la pareja que ahora me mira y me sonríe. Y como en esos momentos no me entero, igual les cuento

mis secretos a ellos también, a ella. Eso me angustia todavía más. Pero mientras me sigan mirando y sonriendo, como ahora, y ella me salude, supongo que todo va bien, que no he contado nada.

A veces veo la cara de un viejo que no sé si es la mía o la de mi padre. Pero la de mi padre no puede ser porque nunca fue viejo. Entonces pienso que igual es mi cara y alargo la mano y sí, me estoy mirando en un espejo. Ahora no, ahora me estoy mirando en la cara de ellos. En cuanto me acerco y la miro a los ojos, a ella, como ahora, veo lo que hay detrás y no es una sonrisa. Siempre he podido hacer eso, ver lo que hay detrás de los ojos. Desde niño, cuando empecé a sufrir esto de cerrar los ojos mucho tiempo, he visto más que los demás. Veo incluso lo que hay detrás de los ojos de los muertos.

2

Lola sabe que el retumbar de las botas contra las piedras no corresponde a los pies de Miguel y sus hombres. Lo sabe porque, salvo Miguel, ninguno pudo nunca tener unas botas. Miguel las tuvo porque don Ernesto le regaló su par más viejo y él las restauró. Los hombres de Miguel llevan tres años en el monte con albarcas y alpargatas que él mismo hace. Por eso Lola sabe que esas botas no traen nada bueno. Tampoco el grito, cada vez más cercano, que ordena «Todos fuera de casa, a la puta plaza». Lola siempre pensó que vendrían de noche, una noche poco clara, y que se meterían en las casas como hicieron hace años para sacar a los hombres que no tuvieron tiempo de huir, pero hoy han aparecido al alba. No importa, ya no quedan hombres en el pueblo, tan sólo ancianos, mujeres y niños. El suyo, Pedro, duerme todavía. A Lola le cuesta despertarlo, le pasa un paño de agua fría por la carita tibia para que espabilen. Salen, el niño frotándose los ojos, ella tiritando bajo el chal. En la pequeña plaza hay una veintena de hombres uniformados. Lola les encuentra ufanos, relajados, tranquilos. Se nota que no quedan hombres jóvenes en el pueblo. Poco a poco van llegando sus vecinos y vecinas, con los niños en brazos o de la mano. Un militar con medallas da un discurso que Lola no acaba de entender, habla del final de la guerra y de la necesidad de encontrar a los que no quieren la paz. Porque hay que redimirlos, dice. Pide a los vecinos que se pongan en fila ante una mesa improvisada en el centro de la plaza para prestar declaración sobre el lugar

donde se encuentran los familiares que no están presentes en el pueblo, particularmente los hombres. Sentado a la mesa, Lola reconoce a Federico, el hijo de Teresa, uno de los muchachos a los que se llevaron al frente cuando vinieron de noche y los sacaron de las casas. Lola se pone a la cola de familiares y ve que, tras hablar con Federico, él apunta algo en un gran cuaderno. Cuando le toca el turno a Lola, le alaba que haya aprendido a escribir tan bien, que algo bueno ha dejado la guerra. Él asiente sin mirarla a los ojos y, sin mirarla a los ojos, le pregunta por Miguel. Lola dice que se fue cuando empezó todo y que no ha dado señales de vida, que es un sinvergüenza y que se habrá ido con otra aprovechando los tiempos revueltos. Federico, concentrado en su lenta caligrafía, señala la mala suerte que han tenido con sus hombres algunas mujeres del pueblo.

Todas las mujeres y los ancianos han declarado ante Federico. Él ha apuntado minuciosamente sus declaraciones en el cuaderno, se lo ha entregado al militar condecorado, este ha dado la orden de subir a los dos camiones y se han marchado del pueblo. Antes, Federico ha podido abrazar a su madre, Teresa, y a su hermano pequeño, José, quien ha interrumpido el juego con Pedro para recibir la carantoña de ese hombre a quien apenas recuerda. Lola no espera a que salgan los dos camiones de la plaza para encaminarse de vuelta a casa. No cruza ni una mirada con las otras cuatro mujeres cuyos maridos, hijos, hermanos, están en la sierra con Miguel. O creen que están. Hace meses que no saben nada de ellos. Tira de Pedro y le ordena aligerar el paso. No se da cuenta de que el niño está llorando.

Pasan los días y nada sucede. No hay noticias de nadie. Nadie visita el pueblo. Nadie se va de él. Todos los días son iguales: cortos, soleados, fríos. Desde que estuvieron los militares, cada mañana José, el hermano de Federico, el

hijo de Teresa, pasa a buscar a Pedro para que le acompañe con las cabras. Lola le deja marchar, a pesar de que el niño todavía no tiene edad para pastorear. José tampoco, pero Teresa, su madre, no aguanta el monte, apenas aguanta ponerse delante del entremijo para hacer el queso. Teresa agradece a Lola que deje a Pedro acompañar al niño y de vez en cuando le regala un queso. Teresa sabe que Lola será viuda pronto. Lola, sin el niño Pedro trasteando en casa, se desespera. La calma no es buena para Lola. Recuerda la mano de Federico escribiendo en el cuaderno y se enrabieta por no saber leer. ¿Habrá escrito lo de que Miguel es un sinvergüenza? Le parece a Lola que Federico escribió poco, tres palabras había ahí y no muy largas. Le preguntaría a Teresa, pero qué va a saber ella. Si los militares no han vuelto, tal vez, quizás, los dejan en paz. Qué importarán cinco hombres por ahí perdidos en la montaña, qué daño van a hacer. Lola no se cree los rumores, esos que dicen que en realidad con Miguel hay muchos hombres, todo un ejército. ¿De dónde va a salir tanto hombre? Serán fantasmas, los fantasmas de todos los muertos de estos años, que no se acaban de ir.

Hasta que pasa una semana, tal vez diez días. Lola está llenando un balde de agua de la fuente de la plaza. No se acostumbra a usar el agua del grifo y sigue pensando que la de la fuente es mejor. Quiere preparar una perola de sopa de judiones para cuando vuelva el niño del monte. Escucha las detonaciones. Es difícil saber de dónde vienen porque la sierra tiene sus ecos, pero Lola cree que no están lejos, no más allá del río porque entonces el sonido se perdería tras la montaña, se oiría con menos nitidez. Y Lola oye perfectamente los disparos, demasiado rápidos como para salir de una escopeta. Acaba de recoger el agua y se dirige hacia su casa. De camino, pasa por delante de la de Teresa. Deja el balde en el suelo y toma aliento. Teresa se asoma, pregunta si ha oído algo, Lola afirma con la cabeza. Y los

niños por ahí con las cabras. Teresa y Lola toman el camino hacia los prados adonde los niños van a pastorear. El balde se queda en mitad de la calle.

3

Ariadna se despierta temprano. Siente la nariz y los brazos fríos. Se incorpora en la cama, saca de debajo de la almohada una toquilla de lana y se cubre los hombros y el pecho desnudo con ella. Está amaneciendo. Detrás de la figura oscura de la sierra se filtra la claridad anaranjada de la mañana. El pico más alto, cubierto de nieve, resplandece al recibir los primeros rayos. Ariadna contempla los sutiles, rápidos cambios de luz, cómo van desapareciendo las tonalidades anaranjadas y rosadas hasta que amanece completamente. El silencio es casi absoluto.

Se acurruca contra la espalda de Eloy, que duerme en posición fetal. Él se despierta, gira la cabeza, susurra un buenos días. Se queda adormilado un rato más, como si fuera sábado o domingo. Es jueves, pero en esta nueva vida se pueden permitir pequeños lujos. Eloy se levanta, se enfunda en un grueso albornoz, baja a la cocina, prepara el desayuno, lo sube a la habitación. Otro privilegio adquirido de la vida en el campo. Ariadna se despereza, vuelve a colocarse la toquilla. Desayunan en silencio. Se levantan, lavan, visten. Se sientan, enfrentados, a la mesa de trabajo, cada uno detrás de su ordenador portátil.

—¿Qué toca hoy?, pregunta Eloy.

—Sigo corrigiendo el libro de texto. ¿Y tú?

—Devoluciones de IVA.

A media mañana escuchan el sonido repetido de un claxon, cada vez más cercano. Levantan la vista de sus ordenadores.

—¿Frutero?, pregunta Eloy.

Ariadna asiente mientras se levanta de la silla. Eloy sigue mirando la pantalla del ordenador, quisiera decirle a Ariadna que vaya ella a hacer la compra.

—Date prisa, que si acaba pronto no nos espera.

—Tiene el don de la oportunidad.

—Qué más da a la hora que venga, siempre te viene mal.

Se calzan deprisa y salen calle arriba hacia la plaza. Se cruzan con dos mujeres que ya han hecho la compra, cada una tirando de su carrito. Saludan por debajo de sus bufandas.

—¿Cómo pueden ser tan rápidas?, pregunta Eloy.

—Porque esperan al camión en la plaza, así charlan un ratito.

—Con el frío que hace, no sé cómo aguantan.

El camión ocupa mitad de la plaza. Tiene los lados laterales abiertos. En su interior, variedad de frutas, verduras, botellas de aceite, vinagre, vino, tetrabriks de leche, zumos, productos de limpieza. Frente al camión, formando un grupo compacto, Piluca, Baldomero y Andrés; más alejado, Pedro. El frutero, David, ya está atendiendo a Piluca y Baldomero. Cuando terminan, Piluca se va a hablar con Pedro. Baldomero se queda esperando al abrigo del camión.

—Qué frío, Baldomero. ¿Qué invierno nos espera?, pregunta Ariadna como saludo.

—Bah, esto no es nada. Cuando yo era un niño y pastoreaba las vacas, la sierra se llenaba tanto de nieve que no podíamos andar por las cañadas, hasta aquí nos llegaba la nieve.

Baldomero señala su cintura. Andrés cabecea dándole la razón.

—Andrés, ¿qué le pongo a usted?

—Leche.

—¿Cuánta?

—Un paquete de esos de seis.

Piluca sigue apartada, hablando con Pedro.

—A ver si quiere algo, dice Baldomero.

—Que ya os he dicho yo que no —dice Andrés—, que tenemos de todo.

Piluca vuelve al grupo.

—Nada, no hay manera, vámonos para casa.

Se despiden todos, quedan Ariadna y Eloy con el frutero. Pedro sigue parado, a varios metros, apoyado sobre sus muletas y mirando fijamente. Piden huevos caseros, manzanas, peras, tomates.

—¿Os arregláis bien en el pueblo?

—Sí, nos gusta mucho. Pon un par de kilos de patatas también.

Ariadna lleva la conversación. Eloy escucha y, de vez en cuando, mira a Pedro.

—Pero estáis muy solos, ¿no?

—No nos importa. ¿Tienes aguacates?

—Sí, muy buenos. Luego en verano ya veréis, esto se llena.

—Pon tres. ¿Y quién viene en verano por aquí?

—Pues la gente que tiene casa, algún turista a las casas rurales... ¿Qué más?

—Naranjas. ¿Y tú conoces bien esta zona?

—Sí, soy de aquí al lado, de Pueblo Grande. Os pongo un par de kilos, que están muy buenas.

—No, con uno basta. ¿Y vivía mucha gente aquí antes?

—Había unas veinte casas con sus veinte familias, así que calcula. Y tenían animales, huertos, alguno tenía maíz, otros centeno, algún otro trigo. ¿No habéis visto las eras ahí arriba y las huertas abandonadas? Y los frutales, aquí hay mucho peral, manzano, nogal, hasta cerezo hay. Ahora podéis coger un montón de manzanas y peras por ahí, como hacen todos estos.

—Si nos lo dices antes, tampoco te las compramos nosotros.

David se ríe mientras pesa las naranjas, Ariadna continúa.

—Le pregunté el otro día a Baldomero, a ver si todavía se pastoreaba, si había cultivos y me dijo que ahora todo es paisaje para turistas, no sé si lo decía por nosotros.

David va ordenando el pedido en las bolsas de tela que le da Ariadna.

—¿No os ha enseñado Baldo su huerto? Él y Andrés todavía cultivan, ahora en invierno poca cosa, pero en verano ya veréis.

—Nosotros estamos preparando el huerto.

—Pues ellos os van a aconsejar.

—¿Ellos? —interrumpe Eloy—, si no hay quien les saque nada.

—Que sí, hombre, a vosotros os quieren bien. Están contentos de que estéis aquí, incluso ese, que es más raro que...

Se vuelven los tres hacia Pedro. Sigue parado, mirándoles.

—Calla, hombre, que te va a oír, dice Eloy.

—Bah, está ya muy tocao. Bueno, siempre lo ha estado. Ese sí que tiene una historia... Hala, treinta y siete euritos justos. Os parecerá un regalo comparado con los precios de la ciudad.

—¿Te podemos pagar con tarjeta?

—Si conseguimos cobertura, sí.

La máquina funciona a la primera. Pagan, se despiden de David hasta la semana siguiente.

Oyen un chiflido suave. Miran a Pedro y ven que comienza a desplazarse tambaleante sobre sus dos muletas hacia ellos. Tiene las piernas tan arqueadas que no puede mantener las muletas en línea recta, por lo que da la impresión de que se va a caer en cualquier momento. Las muletas son más largas de lo que realmente necesita, así que lleva la cabeza escondida entre los hombros, que le llegan

a las orejas. Les chista de nuevo y alza la muleta, se acerca más a ellos con movimientos espásticos pero que él coordina perfectamente. Cuando llega a la altura de la pareja, Ariadna se fija por primera vez en su ropa. Pedro lleva unos pantalones de pana marrones holgados, desgastados a la altura de las rodillas y planchados con esmero, a la antigua, con una marcada raya al medio. La cazadora, aunque limpia, tiene varios remiendos por los que empieza a asomarse el forro. La gorra no alcanza a cubrir unos rizos deshilachados en la nuca y dos grandes orejas de las que salen matojos de pelo. Pedro toma aire y sus ojos verdes y hundidos se hacen grandes. Mira fijamente a Ariadna.

—Cuidado con la sierra, se come a la gente.

Se queda ahí, cabeceando, con los ojos clavados en Ariadna. David está cerrando con fuerza las puertas del camión y el ruido metálico retumba en la plaza. Ariadna y Eloy cargan las bolsas de tela, comienzan a darse la vuelta para salir de la plaza.

—No se preocupe, nunca nos alejamos de los senderos marcados, dice Ariadna. Él abre más los ojos, parece que va a volver a hablar, pero nada sale de su boca salvo un sonido amortiguado, una especie de gemido.

David se monta en el camión, les hace un gesto de despedida con la mano. Pedro, mirando a Ariadna, por fin dice:

—Tú, tú, tú, cuidado tú.

Ruido atronador del motor del camión. David está maniobrando para salir de la plaza. Se apartan a un lado pero Pedro no se mueve. Eloy se acerca a él con dificultad por el peso de las bolsas, intenta cogerle del brazo y empujarle un poco para dejar pasar el camión. Pedro levanta la muleta, rozando a Eloy. David hace sonar el claxon levemente. Pedro vuelve a apoyar la muleta en el suelo, se da la media vuelta y se dirige, tambaleante, a ocupar uno de los bancos de la plaza. David acaba su maniobra, se vuelve a despedir. Ariadna y Eloy emprenden el camino de vuelta a casa sin